

## LA CAUTIVA.

---

--Female hearts are such a genial soil  
For kinder feelings, whatsoe'er their nation,  
They naturally pour the "wine and oil"  
Samaritans in every situation.

BIRON.

En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos jenerosos;--ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.



# LA CAUTIVA.

---

## PRIMERA PARTE.

---

### EL DESIERTO.

Il s vont. L'espace est grand.  
HUGO.

Era la tarde, y la hora  
En que el sol la cresta dora  
De los Andes.—El Desierto  
Inconmensurable, abierto,  
Y misterioso á sus pies

Se extiende;—triste el semblante,  
Solitario y taciturno  
Como el mar, cuando un instante  
Al crepúsculo nocturno,  
Pone rienda á su altivez.

Jira en vano, reconcentra  
Su inmensidad, y no encuentra  
La vista, en su vivo anhelo,  
Do fijar su fugaz vuelo,  
Como el pájaro en el mar.  
Do quier campos y heredades  
Del ave y bruto guaridas,  
Do quier cielo y soledades  
De Dios solo conocidas,  
Que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante  
Sobre el potro rozagante,  
Cuyas crines altaneras  
Flotan al viento lijeras,  
Lo cruza cual torbellino,  
Y pasa; ó su tolderia <sup>1</sup>  
Sobre la grama frondosa  
Asienta, esperando el día

I. *Tolderia*: el conjunto de chozas ó el aduar del salvaje.

Duerme, tranquila reposa,  
Sigue veloz su camino.

¡ Cuántas, cuántas maravillas,  
Sublimes y á par sencillas,  
Sembró la fecunda mano  
De Dios allí !—Cuánto arcano  
Que no es dado al mundo ver !  
La humilde yerba, el insecto,  
La aura aromática y pura;  
El silencio, el triste aspecto  
De la grandiosa llanura,  
El pálido anochecer.

Las armonías del viento,  
Dicen mas al pensamiento,  
Que todo cuanto á porfía  
La vana filosofía  
Pretende altiva enseñar.  
¡ Qué pincel podrá pintarlas  
Sin deslucir su belleza !  
Qué lengua humana alabarlas !  
Solo el genio su grandeza  
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nitida frente  
Reclinaba en occidente,

Derramando por la esfera  
De su rubia cabellera  
El desmayado fulgor.  
Serenos y diáfanos el cielo,  
Sobre la gala verdosa  
De la llanura, azul velo  
Esparcía, misteriosa  
Sombra dando á su color.

El aura moviendo apenas,  
Sus olas de aroma llenas,  
Entre la yerba bullia  
Del campo que parecia  
Como un piélago ondear.  
Y la tierra contemplando  
Del astro rey la partida  
Callaba, manifestando,  
Como en una despedida,  
En su semblante pesar.

Solo á ratos, altanero  
Relinchaba un bruto fiero  
Aquí ó allá, en la campaña;  
Bramaba un toro de saña,  
Rujía un tigre feroz:  
O las nubes contemplando,  
Como estático y gozoso,

El Yajá <sup>1</sup> de cuando en cuando  
 Turbaba el mudo reposo  
 Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
 Que el vasto horizonte ardía:  
 La silenciosa llanura  
 Fué quedando mas oscura,  
 Mas pardo el cielo, y en él,  
 Con luz trémula brillaba,  
 Una que otra estrella, y luego  
 A los ojos se ocultaba,  
 Como vacilante fuego  
 En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,  
 Con su claroscuro manto,  
 Veló la tierra; una faja  
 Negra como una mortaja,  
 El occidente cubrió:  
 Mientras la noche bajando

1. El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado duro y fuerte con que pelea... En su canto repiten estas voces, *Yahá, Yahá*, que significa en guaraní "vamos, vamos" de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de jente que viene, empiezan á repetir *yahá, yahá*, como si dijeran: vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas." Los que saben esta propiedad de el *Yahá*, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...

En la provincia se llama Chajá ó Yajá indistintamente.

Lenta venia, la calma  
Que contempla suspirando,  
Inquieta á veces el alma,  
Con el silencio reinó.

Entónces, como el rüido,  
Que suele hacer el tronido  
Cuando retumba lejano,  
Se oyó en el tranquilo llano  
Sordo y confuso clamor;  
Se perdió. . . . y luego violento,  
Como baladro espantoso  
De turba inmensa, en el viento  
Se dilató sonoro,  
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
Del ágil potro arrogante  
El duro suelo temblaba,  
Y envuelto en polvo cruzaba  
Como animado tropel,  
Velozmente cabalgando;  
Vianse lanzas agudas,  
Cabezas, crines ondeando,  
Y como formas desnudas  
De aspecto extraño y cruel.



¿ Quién es ? ¿ Qué insensata turba  
Con su alarido perturba,  
Las calladas soledades  
De Dios, do las tempestades  
Solo se oyen resonar ?  
¿ Qué humana planta orgullosa  
Se atreve á hollar el desierto  
Cuando todo en él reposa ?  
¿ Quién viene seguro puerto  
En sus yermos á buscar ?

Oíd!—ya se acerca el bando  
De salvajes atronando  
Todo el campo convecino;  
Mirad!—Como torbellino  
Hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
Del bruto que arroja espuma;  
Vaga al viento su melena,  
Y con lijereza suma  
Pasa en ademan atroz.

¿ Dónde va ? de dónde viene ?  
De qué su gozo proviene ?  
Por qué grita, corre, vuela  
Clavando al bruto la espuela,  
Sin mirar al rededor ?

Ved! que las puntas ufanas  
De sus lanzas, por despojos,  
Llevan cabezas humanas,  
Cuyos inflamados ojos  
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje  
Al indomable coraje  
Que abatió su alevosía;  
Y su rencor todavía  
Mira con torpe placer,  
Las cabezas que cortaron  
Sus inhumanos cuchillos,  
Esclamando:— «ya pagaron  
Del cristiano los caudillos  
El feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos <sup>1</sup> do vivieron  
Presa de las llamas fueron,  
Y muerde el polvo abatida  
Su pujanza tan erguida.  
¿ Donde sus bravos están ?  
Vengan hoy del vituperio,  
Sus mujeres, sus infantes,  
Que jimen en cautiverio,

1. Ranchos, cabañas pajizas de nuestros campos.

A libertar, y como antes  
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decia; y bajo el callo  
Del indómito caballo,  
Crujiendo el suelo temblaba;  
Hueco y sordo retumbaba  
Su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
El rostro en manto nubloso,  
Echó en el vasto desierto,  
Su silencio pavoroso,  
Su sombría majestad.

---



## SEGUNDA PARTE.

---

### EL FESTIN.

.....orribile favelle,  
Parole di dolore, accenti d'ira,  
Voci alte e fioche, e suon di man con elle  
Facevan un tumulto.....

DANTE.

Noche es el vasto horizonte,  
Noche el aire, cielo y tierra.  
Parece haber apiñado  
El jenio de las tinieblas,  
Para algun misterio inmundo,  
Sobre la llanura inmensa,  
La lobreguez del abismo  
Donde inalterable reina.

Solo inquietos divagando,  
 Por entre las sombras negras,  
 Los espíritus foletos  
 Con viva luz reverberan,  
 Se disipan, reaparecen,  
 Vienen, van, brillan, se alejan,  
 Mientras el insecto chilla,  
 Y en fachinales <sup>1</sup> ó cuevas  
 Los nocturnos animales  
 Con triste aullido se quejan.  
 La tribu aleve entretanto,  
 Allá en la pampa desierta,  
 Donde el cristano atrevido  
 Jamás estampa la huella,  
 Ha reprimido del bruto  
 La estrepitosa carrera;  
 Y campo tiene fecundo  
 Al pié de una loma estensa,  
 Lugar hermoso do á veces  
 Sus tolderías asienta.  
 Feliz la maloca <sup>2</sup> ha sido;  
 Rica y de estima la presa  
 Que arrebató á los cristianos:—  
 Caballos, potros y yeguas,

1. Llámase así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

2. Maloca: lo mismo que incursión ó correría.

Bienes que en su vida errante  
Ella mas que el oro precia;  
Muchedumbre de cautivas,  
Todas jóvenes y bellas.  
Sus caballos, en manadas,  
Pacen la fragante yerba;  
Y al lazo, algunos prendidos,  
A la pica, ó la manea,  
De sus indolentes amos  
El grito de alarma esperan.  
Y no lejos de la turba,  
Que charla ufana y hambrienta,  
Atado entre cuatro lanzas  
Como víctima en reserva,  
Noble espíritu valiente  
Mira vacilar su estrella;  
Al paso que su infortunio,  
Sin esperanza, lamentan  
Rememorando su hogar,  
Los infantes y las hembras.  
Arden ya en medio del campo  
Cuatro estendidas hogueras,  
Cuyas vivas llamaradas  
Irradiando, colorean  
El tenebroso recinto  
Donde la chusma hormiguea.

En torno al fuego sentados  
Unos lo atizan y ceban;  
Otros la jugosa carne  
Al rescoldo ó llama tuestan,  
Aquel come, este destriza,  
Mas allá alguno degüella  
Con afilado cuchillo  
La yegua al lazo sujeta,  
Y á la boca de la herida,  
Por donde ronca y resuella,  
Y á borbollones arroja  
La caliente sangre fuera,  
En pié, trémula y convulsa,  
Dos ó tres indios se pegan,  
Como sedientos vampiros,  
Sorben, chupan, saborean  
La sangre, haciendo mormullo,  
Y de sangre se rellenan.  
Baja el pescuezo. vacila,  
Y se desploma la yegua  
Con aplauso de las indias  
Que á descuartizarla empiezan.  
Arden en medio del campo,  
Con viva luz las hogueras;  
Sopla el viento de la pampa,  
Y el humo y las chispan vuelan.



A la charla interrumpida,  
Cuando el hambre está repleta,  
Sigue el cordial regocijo,  
El beberaje y la gresca,  
Que apetecen los varones,  
Y las mujeres detestan.  
El licor espirituoso  
En grandes vacias echan,  
Y, tendidos de barriga  
En derredor, la cabeza  
Meten sedientos, y apuran  
El apetecido néctar,  
Que bien pronto los convierte  
En abominables fieras.  
Cuando algun indio, medio ébrio  
Tenaz metiendo la lengua,  
Sigue en la preciosa fuente,  
Y beber tambien no deja  
A los que aguijan furiosos;  
Otro viene, de las piernas  
Lo agarra, tira y arrastra  
Y en lugar suyo se espeta.  
Asi bebe, rie, canta,  
Y al regocijo sin rienda  
Se dá la tribu: aquel ébrio  
Se levanta, bambolea,

A plomo cae, y gruñendo  
Como animal se revuelca.  
Este chilla, algunos lloran,  
Y otros á beber empiezan.  
De la chusma toda al cabo  
La embriaguez se enseñorea  
Y hace andar en remolino  
Sus delirantes cabezas.  
Entonce empieza el bullicio,  
Y la algazara tremenda,  
El infernal alarido  
Y las voces lastimeras.  
Mientras sin alivio lloran  
Las cautivas miserables,  
Y los ternezuelos niños  
Al ver llorar á sus madres.  
Las hogueras entretanto  
En la oscuridad flamean,  
Y á los pintados semblantes  
Y á las largas cabelleras  
De aquellos indios beodos  
Dá su vislumbre siniestra  
Colorido tan extraño,  
Traza tan horrible y fea,  
Que parecen del abismo  
Précita, inmunda ralea,

Entregada al torpe gozo  
De la sabática fiesta.<sup>1</sup>  
Todos en silencio escuchan;—  
Una voz entona recia  
Las heróicas atabanzas,  
Y los cantos de la guerra:—

Guerra, guerra, y esterminio  
Al tiránico dominio  
Del huinca;<sup>2</sup> engañosa paz:  
Devore el fuego sus ranchos,  
Que en su vientre los caranchos  
Ceben el pico voraz.  
Oyó gritos el caudillo  
Y en su fogoso tordillo  
Salió Brian;  
Pocos eran y él delante  
Venía, al bruto arrogante  
Dió una lanzada Quillán.  
Lo cargó al punto la indiada:  
Con la fulminante espada  
Se alzó Brian;

1. Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada á los pueblos cristianos por los judíos.

2. Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ó hombre que no es de su raza.

Grandes sus ojos brillaron,  
 Y las cabezas rodaron  
 De Quitúr, y Callupán.  
 Echando espuma y herido  
 Como toro enfurecido  
                   Se encaró;  
 Ceño torvo revolviendo,  
 Y el acero sacudiendo:  
 Nadie acometerle osó.  
 Valichu<sup>1</sup> estaba en su brazo;  
 Pero al golpe de un bolazo<sup>2</sup>  
                   Cayó Brian  
 Como potro en la llanura:  
 Cebo en su cuerpo y hartura  
 Encontrará el gavilan.

—

Las armas cobarde entrega  
 El que vivir quiere esclavo;  
 Pero el indio guapo nó:  
 Chañil murió como bravo,  
 Batallando en la refriega,  
 De una lanzada murió.

1. Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

2. Bolaz: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.

Salió Brian airado  
Blandiendo la lanza,  
Con fiera pujanza  
Chañil lo embistió;  
Del pecho clavado  
En el hierro agudo,  
Con brazo forzado,  
Brian lo levantó.  
Funeral sangriento  
Ya tuvo en el llano;  
Ni un solo cristiano  
Con vida escapó.  
Fatal vencimiento !  
Lloremos la muerte  
Del indio mas fuerte  
Que la pampa crió.

—

Quienes su pérdida lloran,  
Quienes sus hazañas mentan.  
Óyense voces confusas,  
Medio articuladas quejas,  
Baladros, cuyo son ronco  
En la llanura resuena.  
De repente todos callan,  
Y un solo murmullo reina,

Semejante al de la brisa  
Cuando rebulle en la selva;  
Pero, gritando, algun indio  
En la boca se palmea,  
Y el disonante alarido  
Otra vez el campo atruena.  
El indeleble recuerdo  
De las pasadas ofensas  
Se aviva en su ánimo entónces,  
Y atizando su fiereza  
Al rencor adormecido,  
Y á la venganza subleva:  
En su mano los cuchillos,  
A la luz de las hogueras,  
Llevando muerte relucen;  
Se ultrajan, riñen, vocean,  
Como animales feroces  
Se despedazan y bregan.  
Y asombradas las cautivas  
La carnicería horrenda  
Miran, y á Dios en silencio  
Humildes preces elevan.  
Sus mujeres entre tanto,  
Cuya vigilancia tierna  
En las horas del peligro  
Siempre cautelosa vela,

Acorren luego á calmar  
El frenesí que los ciega,  
Ya con ruegos y palabras  
De amor y eficacia llenas;  
Ya interponiendo su cuerpo  
Entre las armas sangrientas.  
Ellos resisten y luchan,  
Las desoyen y atropellan,  
Lanzando injuriosos gritos;  
Y los cuchillos no sueltan  
Sino cuando, ya rendida  
Su natural fortaleza  
A la embriaguez y al cansancio,  
Dobla el cuello y cae por tierra.  
Al tumulto y la matanza  
Sigue el llorar de las hembras  
Por sus maridos y deudos,  
Las lastimosas endechas,  
A la abundancia pasada,  
A la presente miseria,  
A las víctimas queridas  
De aquella noche funesta.  
Pronto un profundo silencio  
Hace á los lamentos tregua,  
Interrumpido por ayes  
De moribundos, ó quejas,

Risas, gruñir sofocado  
De la embriagada torpeza; —  
Al espantoso ronquido  
De los que durmiendo sueñan  
Los jemidos infantiles  
Del ñacurutú<sup>1</sup> se mezclán;  
Chillidos, aúllos tristes  
Del lobo que anda á la presa  
De cadáveres, de troncos,  
Miembros, sangre y osamentas,  
Entremezclados con vivos,  
Cubierto aquel campo queda,  
Donde poco antes la tribu  
Llegó alegre y tan soberbia.  
La noche en tanto camina  
Triste, encapotada y negra;  
Y la desmayada luz  
De las festivas hogueras  
Solo alumbra los estragos  
De aquella bárbara fiesta.

1. Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.



## TERCERA PARTE.

---

### EL PUÑAL.

Yo iba á morir es verdad,  
Entre bárbaros crueles,  
Y allí el pesar me mataba  
De morir, mi bien, sin verte.  
A darne la vida tú  
Saliste, hermosa, y valiente.

CALDERON.

Yace en el campo tendida,  
Cual si estuviera sin vida,  
Ebria la salvaje turba,  
Y ningun ruido perturba  
Su sueño ó sopor mortal.  
Varones y hembras mezclados  
Todos duermen sosegados:  
Solo, en vano tal vez, velan

Los que libertarse anhelan  
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando  
Los caballos, que vagando  
Libres despuntan la grama,  
Y á la moribunda llama  
De las hogueras se vé,  
Se vé sola y taciturna,  
Simil á sombra nocturna,  
Moverse una forma humana,  
Como quien lucha y se afana,  
Y oprime algo bajo el pié;

Se oye luego triste aúllo,  
Y horrisonante murmullo,  
Semejante al del novillo  
Cuando el filoso cuchillo  
Lo degüella sin piedad:  
Y por la herida resuella,  
Y aliento y vivir por ella,  
Sangre hirviendo á borbollones  
En horribles convulsiones,  
Lanza con velocidad.

Silencio;—ya el paso leve  
Por entre la yerba mueve,

Como quien busca y no atina;  
Y temeroso camina  
De ser visto ó tropezar,  
Una mujer: —en la diestra  
Un puñal sangriento muestra,  
Sus largos cabellos flotan  
Desgreñados, y denotan  
De su ánimo el batallar.

Ella vá. — Toda es oídos;  
Sobre salvajes dormidos  
Va pasando, —escucha, —mira, —  
Se para, —apenas respira,  
Y vuelve de nuevo á andar.  
Ella marcha, y sus miradas  
Vagan en torno azoradas,  
Cual si creyesen ilusas  
En las tinieblas confusas,  
Mil espectros divisar.

Ella vá, y aun de su sombra  
Como el criminal se asombra —  
Alza, —inclina la cabeza;  
Pero en un cráneo tropieza  
Y queda al punto mortal. —  
Un cuerpo gruñe y resuella,  
Y se revuelve; —mas ella

Cobra espíritu y coraje,  
Y en el pecho del salvaje  
Clava el agudo puñal.

El indio dormido espira:  
Y ella veloz se retira  
De allí, y anda con mas tino  
Arrostrando del destino  
La rigurosa crueldad.  
Un instinto poderoso,  
Un afecto jeneroso  
La impele y guia segura,  
Como luz de estrella pura,  
Por aquella oscuridad.

Su corazon de alegría  
Palpita; — lo que quería,  
Lo que buscaba con ánsia  
Su amorosa vijilancia  
Encontró gozosa al fin.  
Allí, allí está su universo,  
De su alma el espejo terso,  
Su amor, esperanza y vida;  
Allí contempla embebida  
Su terrestre serafín.

— «Brian, dice, mi Brian querido,  
Busca durmiendo el olvido;

Quizá ni soñando espera  
Que yo entre esta jente fiera  
Le venga á favorecer.  
Lleno de heridas, cautivo,  
No abate su ánimo altivo  
La desgracia, y satisfecho  
Descansa, como en su lecho,  
Sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,  
Para hacerle mas amargo  
De la muerte el pensamiento,  
Deleitarse en su tormento,  
Y mas su rencor cebar  
Prolongando su agonía,  
La vida suya, que es mía,  
Guardaron, cuando triunfantes  
Hasta los tiernos infantes,  
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno  
De sus madres— ¡ dia lleno  
De execracion y amargura,  
En que murió mi ventura,  
Tu memoria me dá horror! » —  
Así dijo, y ya no siente,  
Ni llora, porque la fuente

Del sentimiento fecunda,  
Que el femenil pecho inunda,  
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza  
En su corazón alianza  
Han hecho, y solo una idea  
Tiene fija y saborea  
Su ardiente imaginación.  
Absorta el alma, en delirio  
Lleno de gozo y martirio  
Queda, hasta que al fin estalla  
Como volcán, y se esplaya  
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,  
Mirando al cielo y ceñido,  
El cuerpo con duros lazos,  
Abiertos en cruz los brazos,  
Ligadas manos y pies.  
Cautivo está, pero duerme;  
Inmóvil, sin fuerza, inerme  
Yace su brazo invencible:  
De la pampa el león terrible  
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía  
Esperando con el día

Horrible muerte, está el hombre  
Cuya fama, cuyo nombre  
Era al bárbaro traidor,  
Mas temible que el zumbido  
Del hierro ó plomo encendido;  
Mas aciago y espantoso  
Que el valichu rencoroso  
A quien acata su error.

Allí está;—silenciosa ella.  
Como tímida doncella,  
Besa su entreabierta boca,  
Cual si dudára le toca  
Por ver si respira aún.  
Entonces las ataduras  
Que sus carnes roen duras  
Corta, corta velozmente  
Con su puñal obediente,  
Teñido en sangre comun.

Brian despierta;—su alma fuerte,  
Conforme ya con su suerte,  
No se conturba, ni azora;  
Poco á poco se incorpora,  
Mira sereno, y cree ver  
Un asesino:—echan fuego  
Sus ojos de ira; mas luego

Se siente libre y se calma,  
Y dice «¿eres alguna alma  
Que pueda y deba querer?»

¿Eres espíritu errante,  
Anjel bueno, ó vacilante  
Parto de mi fantasía?»  
—«Mi vulgar nombre es Maria,  
Anjel de tu guarda soy;  
Y mientras cobra pujanza,  
Ebria la feroz venganza  
De los bárbaros, segura,  
En aquesta noche oscura  
Velando á tu lado estoy;—

Nada tema tu congoja.»—  
Y enajenada se arroja  
De su querido en los brazos,  
Le dá mil besos y abrazos,  
Repitiendo —«Brian, mi Brian»—  
La alma heroica del guerrero  
Siente el gozo lisonjero  
Por sus miembros doloridos  
Correr, y que sus sentidos  
Libres de ilusion están.

Y en lábios de su querida  
Apura aliento de vida,



Y la estrecha cariñoso  
Y en éstasis amoroso  
Ambos respiran así;  
Mas, súbito él la separa,  
Como si en su alma brotara  
Horrible idea, y la dice:—  
«María, soy infelice,  
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza  
Habrá ajado la pureza  
De tu honor, y mancillado  
Tu cuerpo santificado  
Por mi cariño y tu amor;  
Ya no me es dado quererte.»  
Ella le responde:— «advierte  
Que en este acero está escrito  
Mi pureza y mi delito,  
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento  
Y saltará de contento  
Tu corazon orgulloso;  
Diómele amor poderoso,  
Diómelo para matar  
Al salvaje que insolente  
Ultrajar mi honor intente;

Para, á un tiempo, de mi padre,  
De mi hijo tierno y mi madre  
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, mas preciosa  
Que la luz del sol hermosa,  
Sacar de las fieras manos  
De estos tigres inhumanos,  
O contigo perecer.  
Loncoy, el cacique altivo  
Cuya saña al atractivo  
Se rindió de estos mis ojos,  
Y quiso entre sus despojos  
De Brian la querida ver,

Despues de haber mutilado  
A su hijo tierno; anegado  
En su sangre yace impura;  
Sueño infernal su alma apura:  
Dióle muerte este puñal.  
Levanta, mi Brian, levanta,  
Sigue, sigue mi ágil planta;  
Huyamos de esta guarida  
Donde la turba se anida  
Mas inhumana y fatal. » —

« ¿ Pero adónde, adónde iremos ?  
Por fortuna encontraremos

En la pampa algun asilo,  
Donde nuestro amor tranquilo  
Logre burlar su furor?  
Podremos, sin ser sentidos,  
Escapar, y desvalidos,  
Caminar á pié, ijadeando,  
Con el hambre y sed luchando,  
El cansancio y el dolor?»

— «Sí, el anchuroso desierto  
Mas de un abrigo encubierto  
Ofrece, y la densa niebla  
Que el cielo y la tierra puebla,  
Nuestra fuga ocultará.  
Brian, cuando aparezca el dia  
Palpitantes de alegría,  
Lejos de aquí ya estaremos,  
Y el alimento hallarémos  
Que el cielo al infeliz da.» —

«Tú podrás, querida amiga,  
Hacer rostro á la fatiga,  
Mas yo, llagado y herido,  
Débil, exangüe, abatido,  
¿Cómo podré resistir?  
Huye tú, mujer sublime,

Y del oprobio redime  
 Tu vivir predestinado;  
 Deja á Brian infortunado,  
 Solo, en tormentos morir».

— «Nó, nó, tú vendrás conmigo,  
 O pereceré contigo.  
 De la amada patria nuestra  
 Escudo fuerte es tu diestra,  
 ¿ Y qué vale una mujer ?  
 Huyamos, tú de la muerte,  
 Yo de la oprobiosa suerte  
 De los esclavos; propicio  
 El cielo este beneficio  
 Nos ha querido ofrecer;

No insensatos lo perdamos.  
 Huyamos, mi Brian, huyamos;  
 Que en el áspero camino  
 Mi brazo, y poder divino  
 Te servirán de sosten». —  
 « Tu valor me infunde fuerza,  
 Y de la fortuna adversa,  
 Amor, gloria, ó agonía  
 Participar con María  
 Yo quiero, huyamos, ven, ven. »

Dice Brian y se levanta,  
El dolor traba su planta  
Mas devora el sufrimiento;  
Y ambos caminan á tiento  
Por aquella oscuridad.  
Tristes van,—de cuando en cuando  
La vista al cielo llevando,  
Que da esperanza al que jime.  
¿Qué busca su alma sublime?  
La muerte ó la libertad.

«Y en esta noche sombría  
¿Quién nos servirá de guía?»  
«—Brian ¿no ves allá una estrella  
Que entre dos nubes centella  
Cual benigno astro de amor?  
Pues esa, es por Dios enviada  
Como la nube encarnada  
Que vió Israel prodijiosa;  
Sigamos la senda hermosa  
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto  
Nos llevará á feliz puerto.»—  
Ellos van;—solas, perdidas  
Como dos almas queridas,  
Que amor en la tierra unió,

Y en la misma forma de antes,  
Andan por la noche errantes,  
Con la memoria hechicera  
Del bien que en su primavera  
Le desdicha les robó.

Ellos van.—Vasto, profundo  
Como el páramo del mundo  
Misterioso es el que pisan;  
Mil fantamas se divisan;  
Mil formas vanas allí,  
Que la sangre jóven hielan:  
Mas ellos vivir anhelan.  
Brian desmaya caminando,  
Y al cielo otra vez mirando,  
Dice á su querida así:

«Mira,— ¿ no ves ?—la luz bella  
De nuestra polar estrella  
De nuevo se ha oscurecido,  
Y el cielo mas denegrado  
Nos anuncia algo fatal.»  
—«Cuando contrario el destino  
Nos cierre, Brian, el camino,  
Antes de volver á manos  
De esos indios inhumanos,  
Nos queda algo:—este puñal.»—

---

## CUARTA PARTE.

---

### LA ALBORADA.

Già la terra é coperta d'uccisi;  
Tutta é sangue la vasta pianura.....

MANZONI

Ya de muertos la tierra está cubierta,  
Y la vasta llanura toda es sangre.

Todo estaba silencioso.  
La brisa de la mañana  
Recien la yerba lozana  
Acariciaba y la flor,  
Y en el oriente nubloso  
La luz apenas rayando,  
Iba el campo matizando  
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;  
Ni del pájaro se oía  
La variada melodía,  
Música que al alba da;  
Y solo, al ronco bufido  
De algun potro que se azora.  
Mezclaba su voz sonora  
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,  
Sola techumbre del cielo,  
Libre, ajena de recelo  
Dormia la tribu infiel;  
Mas la terrible venganza  
De su constante enemigo  
Alerta estaba, y castigo  
Le preparaba crüel.

Súbito al trote asomaron  
Sobre la estendida loma  
Dos jinetes, como asoma  
El astuto cazador;  
Y al pié de ella divisaron  
La chusma quieta y dormida,  
Y volviendo atras la brida  
Fueron á dar el clamor



De alarma al campo cristiano.  
Pronto en brutos altaneros  
Un escuadron de lanceros  
Trotando allí se acercó,  
Con acero y lanza en mano;  
Y en hileras dividido  
Al indio, no apercebido,  
En doble muro encerró.

Entonces, el grito, «Cristiano, Cristiano»  
Resuena en el llano,  
«Cristiano» repite confuso clamor.  
La turba que duerme despierta turbada,  
Clamando azorada,  
«Cristiano nos cerca, cristiano traidor.»

Niños y mujeres, llenos de conflicto,  
Levantán el grito;  
Sus almas conturba la tribulacion;  
Los unos pasmados, al peligro horrendo,  
Los otros huyendo,  
Corren, gritan, llevan miedo y confusion.

Quien salta al caballo que encontró primero,  
Quien toma el acero,  
Quien corre su potro querido á buscar;

Mas ya la llanura cruzan desbandadas,  
Yeguas y manadas,  
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,  
Blandiendo en su mano  
La terrible lanza, que no dá cuartel.—  
Los indios mas bravos luchando resisten,  
Cual fieras embisten:—  
El brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece;—las armas agudas  
Relucen desnudas,  
Horrible la muerte se muestra do quier.  
En lomos del bruto, la fuerza y coraje,  
Crece del salvaje,  
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pié en tierra poniendo la fácil victoria,  
Que no le da gloria,  
Prosigue el cristiano lleno de rencor.—  
Caen luego caciques, soberbios caudillos,  
Los fieros cuchillos  
Degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,  
Jemir del que implora,  
Puesto de rodillas, en vano piedad,

Todo se confunde:—del plomo el silbido,  
Del hierro el crujido,  
Que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza  
Hizo el cristiano aquel día;  
Ni hembra, ni varón, ni cría  
De aquella tribu quedó.  
La inexorable venganza  
Siguió el paso á la perfidia,  
Y en no cara y breve lidia  
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida  
De sangre, hediondo y sembrado  
De cadáveres el prado  
Donde resonó el festin.  
Y del sueño de la vida  
Al de la muerte pasaron  
Los que poco antes holgaron,  
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban  
Lágrimas de regocijo;—  
Una al esposo, otra al hijo

Debió allí la libertad;  
Pero ellos tristes estaban.  
Porque ni vivo, ni muerto  
Halló á Brian, en el desierto,  
Su valor y su lealtad.

---

## QUINTA PARTE.

---

### EL PAJONAL.

.....e lo spírito lasso  
Conforta, e ciba di speranza buona  
DANTE  
..... y el ánimo cansado  
De esperanza feliz, nutre, y conforta.

Así, huyendo á la ventura,  
Ambos á pié divagaron  
Por la lóbrega llanura,  
Y al salir la luz del día  
A corto trecho se hallaron  
De un inmenso pajonal.

1. Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos á la distancia aparecen en la planicie como bosque: son los *Orsis* de la ramba.

Brian debilitado, herido,  
A la fatiga rendido  
La planta apenas movia;  
Su angustia era sin igual.  
Pero un ángel, su querida,  
Siempre á su lado velaba,  
Y el espíritu y la vida,  
Que su alma heróica anidaba,  
La infundia, al parecer,  
Con miradas cariñosas,  
Voces del alma profundas  
Que debieran ser eternas;  
Y aquellas palabras tiernas,  
O armonias misteriosas,  
Que solo manan fecundas  
Del lábio de la mujer.

Temerosos del Salvaje  
Acojiéronse al abrigo  
De aquel pajonal amigo,  
Para de nuevo su viaje  
Por la noche continuar;  
Descansar allí un momento,  
Y refrijerio y sustento  
A la flaqueza buscar.

Era el adusto verano:  
Ardiente el sol como fragua  
En cenagoso pantano  
Convertido habia el agua  
Allí estancada, y los peces,  
Los animales inmundos  
Que aquel bañado habitaban,  
Muertos, el aire infestaban,  
Ó entre las impuras heces  
Aparecian á veces  
Boqueando moribundos,  
Como del cielo implorando  
Agua y aire:—aquí se via  
Al voraz cuervo, tragando  
Lo mas asqueroso y vil;  
Allí la blanca cigüeña,  
El pescuezo corvo alzando,  
En su largo pico enseña  
El tronco de algun reptil;  
Mas allá se ve al carancho,  
Que jamás presa desdeña,  
Con pico en forma de gancho  
De la espirante alimaña  
Zajar la fétida entraña:—  
Y en aquel páramo yerto,  
Donde á buscar como á puerto

Refrijerio, van errantes  
Brian y Maria anhelantes,  
Solo divisan sus ojos  
Feos, inmundos despojos  
De la muerte.—¡Qué destino  
Como el suyo miserable!  
Si en aquel instante vino,  
La memoria perdurable  
De la pasada ventura,  
A turbar su fantasía,  
¡Cuán amarga les sería!  
Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso  
En el lodo pegajoso  
Penetraron, ya cayendo,  
Ya levantando, ó subiendo  
El pié flaco y dolorido;  
Y sobre un flotante nido  
De yajá, (columna bella,  
Que entre la paja descuella,  
Como edificio construido  
Por mano hábil), se sentaron  
A descansar ó morir.  
Súbito allí desmayaron  
Los espíritus vitales



De Brian á tanto sufrir;  
Y en los brazos de Maria,  
Que inmóvli permanecia,  
Cayó muerto al parecer.  
¡Cómo palabras mortales  
Pintar al vivo podrán  
El desaliento y angustias,  
O las imájenes mústias  
Que el alma atravesarán  
De aquella infeliz mujer!  
Flor hermosa y delicada,  
Perseguida y conculcada  
Por cuantos males tiranos  
Dió en herencia á los bumanos  
Inexorable poder.

Pero á cada golpe injusto  
Retoñece mas robusto  
De su noble alma el valor;  
Y otra vez, con paso fuerte,  
Huella el fango, do la muerte  
Disputa un resto de vida  
A indefensos animales;  
Y rompiendo enfurecida  
Los espesos matorrales,  
Camina á un sordo rumor

Que oye próximo, y mirando  
El hondo cauce anchuroso  
De un arroyo que copioso  
Entre la paja corria,  
Se volvió atrás, exclamando  
Arrobada de alegría:—  
—«Gracias te doy, Dios supremo!  
Brian se salva, nada temo.»—

Pronto llega al alto nido  
Donde yace su querido,  
Sobre sus hombros le carga,  
Y con vigor desmedido  
Lleva, lleva, à paso lento,  
Al puerto de salvamento  
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa  
El inmoble cuerpo posa,  
Y los labios, frente y cara  
En el agua fresca y clara  
Le embebe;—su aliento aspira,  
Por ver si vivo respira,  
Trémula su pecho toca;  
Y otra vez sienes y boca  
Le empapa:—en sus ojos vivos,  
Y en su semblante animado,

Los matices fujitivos  
De la apasionada guerra  
Que su corazon encierra,  
Se muestran.—Brian recobrado  
Se mueve, incorpora, alienta,  
Y débil mirada lenta  
Clava en la hermosa Maria,  
Diciéndola: «amada mia,  
Pensé no volver á verte,  
Y que este sueño seria  
Como el sueño de la muerte;  
Pero tú, siempre velando,  
Mi vivir sustentas, cuando  
Yo en nada puedo valerte,  
Sino doblar la amargura  
De tu estraña desventura.»  
—«Que vivas tan solo quiero,  
Porque si mueres, yo muero;  
Brian mio, alienta, triunfamos,  
En salvo y libres estamos,  
No te aflijas;—bebe, bebe  
Esta agua, cuyo frescor  
El estenuado vigor  
Volverá á tu cuerpo en breve,  
Y esperemos con valor  
De Dios el fin que imploramos.» —

Dijo así y en la corriente  
Recoje agua, y diligente,  
De sus miembros con esmero,  
Se aplica á lavar primero  
Las dolorosas heridas,  
Las hondas llagas henchidas  
De negra sangre cuajada,  
Y á sus inflamados pies  
El lodo impuro; y despues  
Con su mano delicada  
Las venda.—Brian silencioso  
Sufre el dolor con firmeza;  
Pero siente á la flaqueza  
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento  
Corre á buscar; y un momento,  
Sin duda el cielo piadoso,  
De aquellos finos amantes,  
Infortunados y errantes,  
Quiso aliviar el tormento.

---

## SESTA PARTE.

---

### LA ESPERA.

:Qué largas son las horas del deso!  
MONERO.

Triste, oscura, encapotada  
Llegó la noche esperada,  
La noche que ser debiera  
Su grata y fiel compañera;  
Y en el vasto pajonal  
Permanecen inactivos  
Los amantes fujitivos.  
Su astro, al parecer, declina,  
Como la luz vespertina,  
Entre sombra funeral.

Brian por el dolor vencido  
Al márjen yace tendido  
Del arroyo;—probó en vano  
El paso firme y lozano  
De su querida seguir;—  
Sus plantas desfallecieron,  
Y sus heridas vertieron  
Sangre otra vez.—Sintió entonces  
Como una mano de bronce  
Por sus miembros discurrir.

María espera á su lado,  
Con corazon agitado,  
Que amanecerá otra aurora  
Mas bella y consoladora;—  
El amor la inspira fé  
En destino mas propicio,  
Y la oculta el principio  
Cuya idea solo pasma:—  
El descarnado fantasma  
De la realidad no ve.

Pasion vivaz la domina,  
Ciega pasion la fascina;—  
Mostrando á su alma el trofeo  
De su impetuoso deseo  
La dice: tú triunfarás.

Ella infunde á su flaqueza  
Constancia allí y fortaleza;  
Ella su hambre, su fatiga,  
Y sus angustias mitiga  
Para devorarla mas.

Sin el amor que en sí entraña,  
Que seria?—Frágil caña  
Que el mas leve impulso quiebra,  
Ser delicado, fina hebra,  
Sensible y flaca mujer.  
Con él es ente divino  
Que pone á raya el destino,  
Ángel poderoso y tierno  
A quien no haria el infierno  
Vacilar, ni estremecer.

De su querido no advierte  
El mortal abatimiento,  
Ni cree se atreva la muerte  
A sofocar el aliento  
Que hace vivir á los dos;  
Porque de su llama intensa  
Es la vida tan inmensa,  
Que á la muerte venceria,  
Y en sí eficacia tendria  
Para animar como Dios.

El amor es fé inspirada,  
Es religion arraigada,  
En lo íntimo de la vida.—  
Fuente inagotable, henchida  
De esperanza, su anhelar  
No halla obstáculo invencible  
Hasta conseguir victoria;  
Si se estrella en lo imposible  
Gozoso vuela á la gloria  
Su heróica palma á buscar.

Maria no desespera,  
Porque su ahinco procura  
Para lo que ama ventura,  
Y al infortunio supera  
Su imperiosa voluntad.  
Mañana,—el grito constante  
De su corazon amante  
La dice,—mañana el cielo  
Hará cesar tu desvelo,  
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto  
Camina en densa tiniebla,  
Y en el abismo de espanto,  
Que aquellos páramos puebla,  
Ambos perdidos se ven.



Parda, rojiza, radiosa,  
Una faja luminosa  
Forma horizonte no lejos;  
Sus amarillos reflejos  
En lo oscuro hacen vaiven.

La llanura arder parece,  
Y que con el viento crece,  
Se encrespa, aviva y derrama  
El resplandor y la llama  
En el mar de lobreguez.  
Aquel fuego colorado,  
En tinieblas engolfado,  
Cuyo esplendor vaga horrendo,  
Era trasunto estupendo  
De la inferna terriblez.

Brian, recostado en la yerba  
Como ajeno de sentido,  
Nada vé:—ella un ruido  
Oye; pero solo observa  
La negra desolacion,  
O las sombrías visiones  
Que enjendran las turbaciones  
De su espíritu.—¡Cuán larga  
Aquella noche y amarga  
Seria á su corazon!

Miró á su amante, —espantoso,  
Un bramido cabernoso  
La hizo temblar, resonando:—  
Era el tigre que buscando  
Pasto á su saña feroz  
En los densos matorrales,  
Nuevos presajios fatales  
Al infortunio traia.—  
En silencio, echó Maria  
Mano á su puñal, veloz.

---

## SÉPTIMA PARTE.

---

### LA QUEMAZON.

Voyez....Dejá la flamme en torrens se déploie.

LAMARTINE

Mirad ya en torrente se estiende la llama.

El aire estaba inflamado,  
Turbia la region suprema,  
Envuelto el campo en vapor;  
Rojo el sol, y coronado  
De parda oscura diadema,  
Amarillo resplandor  
En la atmósfera esparcia;  
El bruto, el pájaro huía,  
Y agua la tierra pedia  
Sedienta y llena de ardor.

Soplando á veces el viento  
Limpiaba los horizontes,  
Y de la tierra brotar  
De humo rojo y ceniciento  
Se veían como montes;  
Y en la llanura ondear,  
Formando espiras doradas,  
Como lenguas inflamadas,  
O melenas encrespadas  
De ardiente, ajitado mar .

Cruzándose nubes densas  
Por la esfera dilataban,  
Como cuando hay tempestad,  
Sus negras alas inmensas;  
Y mas, y mas aumentaban  
El pavor y oscuridad.  
El cielo entenebrecido,  
El aire, el humo encendido,  
Eran, con el sordo ruido,  
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos  
Contempla asombrado  
Los turbios reflejos;  
Del dia enlutado  
La ceñuda faz.

El humilde llora,  
El piadoso implora;  
Se turba y azora  
La malicia audaz.

Quien cree ser indicio  
Fatal, estupendo  
Del día del juicio,  
Del día tremendo  
Que anunciado está.  
Quien piensa que al mundo,  
Sumido en lo inmundo,  
El cielo iracundo  
Pone á prueba ya.

Era la plaga que ería  
La devorante sequía  
Para estrago y confusion:—  
De la chispa de una hoguera,  
Que llevó el viento lijera,  
Nació grande, cundió fiera  
La terrible quemazon.

Ardiendo, sus ojos  
Relucen, chispean;  
En rubios manojos  
Sus crines ondean,

Flameando tambien:  
La tierra jimiendo,  
Los brutos ruiendo,  
Los hombres huyendo,  
Confusos la ven.

Sutil se difunde,  
Camina, se mueve,  
Penetra, se infunde;  
Cuanto toca, en breve,  
Reduce á tizon.  
Ella era,—y pastales,  
Densos pajonales,  
Cardos y animales  
Ceniza, humo son.

Raudal vomitando,  
Venía de llama,  
Que hirviendo, silbando,  
Se enrosea y derrama  
Con velocidad.—  
Sentada Maria  
Con su Brian la via:  
—«Dios miot decia,  
De nos ten piedad.»—

Piedad Maria imploraba,  
Y piedad necesitaba

De potencia celestial.  
Brian caminar no podia,  
Y la quemazon cundia  
Por el vasto pajonal.

Allí pávulo encontrando,  
Como culebra serpeando,  
Velozmente caminó;  
Y ajitando, desbocada,  
Su crin de fuego erizada  
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles  
De animales y reptiles  
Quema el fuego vencedor,  
Que el viento iracundo atiza;  
Vuelan el humo y ceniza,  
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,  
Los cautivos desdichados,  
Con despavoridos ojos,  
Estan, su hervidero oyendo,  
Y las llamaradas viendo  
Subir en penachos rojos.

No hay como huir, no hay efujio,  
Esperanza ni refujio;

¿Dónde auxilio encontrarán?  
 Postrado Brian yace inmoble  
 Como el orgulloso roble  
 Que derribó el huracan.

Para ellos no existe el mundo.  
 Detras arroyo profundo  
 Ancho se estiende, y delante,  
 Formidable y horroroso,  
 Alza la cresta furioso  
 Mar de fuego devorante.

«Huye presto, Brian decia  
 Con voz débil á Maria,  
 Déjame solo morir;  
 Este lugar es un horno:  
 Huye ¿no miras en torno  
 Vapor cárdeno subir?»

Ella calla, ó le responde:—  
 —«Dios, largo tiempo, no esconde  
 Su divina proteccion.  
 ¿Crees tú nos haya olvidado?  
 Salvar tu vida ha jurado  
 O morir mi corazon.—»

Pero del cielo era juicio  
 Que en tan horrendo suplicio



No debian perocer;  
Y que otra vez de la muerte  
Inexorable, amor fuerte  
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora:  
De la pasión que atesora  
El espíritu inmortal  
Brotó, en su faz la belleza  
Estampando fortaleza  
De criatura celestial,

No sujeta á ley humana;  
Y como cosa liviana  
Carga el cuerpo amortecido  
De su amante, y con él junto,  
Sin cejar, se arroja al punto  
En el arroyo estendido.

Cruje el agua, y suavemente  
Surca la mansa corriente  
Con el tesoro de amor;  
Semejante á Ondina bella  
Su cuerpo airoso descuella,  
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,  
Sobre sus hombros nevados

Sueltos, reluciendo van;  
Voga con un brazo lenta,  
Y con el otro sustenta  
A flor, el cuerpo de Brian,

Aran la corriente unidos  
Como dos cisnes queridos,  
Que huyen de águila cruel,  
Cuya garra, siempre lista,  
Desde la nube se alista  
A separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana  
En perseguirlos:—ufana  
En la orilla opuesta el pié  
Pone Maria triunfante,  
Y otra vez libre á su amante  
De horrenda agonía ve.

¡O del amor maravilla!  
En sus bellos ojos brota  
Del corazón, gota á gota,  
El tesoro sin mancilla,  
Celeste, inefable unción;  
Sale en lágrimas deshecho  
Su heróico amor satisfecho.  
Y su formidable cresta

Sacude, enrosca y enhiesta  
La terrible quemazon.

---

Calmó despues el violento  
Soplar del airado viento:  
El fuego á paso mas lento  
Surcó por el pajonal,  
Sin topar ningun escollo;  
Y á la orilla de un arroyo  
A morir al cabo vino,  
Dejando, en su ancho camino,  
Negra y profunda señal.

---



## OCTAVA PARTE.

---

### BRIAN.

Les guerriers et les coursiers eux mêmes  
Sont là pour attester les victoires de mon bras.  
Je dois ma renommée à mon glaive.....

ANTAR (1)

Los guerreros y aun los bridones de la batalla  
Existen para atestiguar las victorias de mi brazo.  
Debo mi renombre á mi espada.

Pasó aquel, llegó otro dia  
Triste, ardiente, y todavia  
Desamparados como antes,  
A los míseros amantes  
Encontró en el pajonal.

1. Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viage á Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto.

Brian, sobre pajizo lecho  
Inmóvil está, y en su pecho  
Arde fuego inextinguible;  
Brotó en su rostro, visible  
Abatimiento mortal. —

Abrumados y rendidos  
Sus ojos, como adormidos,  
La luz esquivan, ó absortos  
En los pálidos abortos  
De la conciencia, (lejion  
Que atribula al moribundo)  
Verán formas de otro mundo;  
Imágenes fujitivas,  
O las claridades vivas  
De fantástica rejion.

Triste á su lado Maria  
Revuelve en la fantasía  
Mil contrarios pensamientos,  
Y horribles presentimientos  
La vienen allí á asaltar; —  
Espectros que enjendra el alma,  
Cuando el ciego desvario  
De las pasiones se calma,  
Y perdida en el vacío  
Se recoje á meditar.

Allí, frágil navecilla  
En mar sin fondo ni orilla,  
Do nunca rie bonanza  
Se encuentra, sin esperanza  
De poder al fin surjir:  
Allí ve su afán perdido  
Por salvar á su querido;  
Y cuán lejano y nubloso  
El horizonte radioso  
Está de su porvenir.

Cuán largo, incierto camino  
La desdicha le previno;  
Cuan triste peregrinaje!  
Allí ve de aquel paraje  
La yerta inmovilidad.  
Allí ya del desaliento  
Sufre el pausado tormento,  
Y abrumada de tristeza,  
Al cabo á sentir empieza  
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,  
Y al aspecto de su amante  
Desfallece su heroismo;  
La vuelve, y hórrido abismo  
Mira atónita detrás.

Allí apura la agonía  
Del que vió cuando dormía  
Paraiso de dicha eterno,  
Y al despertar un infierno  
Que no imaginó jamás.

En el empuje nublado  
Flamea el sol colorado;  
Y en la llanura domina  
La vaporosa calina,  
El bochorno abrasador.  
Brian sigue inmóvil, y María  
En formar se entrena  
De junco un denso tejido,  
Que guardase á su querido  
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento  
Que al levantarse ó moverse  
Hace animal corpulento,  
Crujir la paja y romperse  
De un cercano matorral.  
Miró ¡oh terror! y acercarse  
Vió con movimiento tardo,  
Y hácia ella encaminarse  
Lamiéndose, un tigre pardo  
Tinto en sangre;— atroz señal,



Cobrando ánimo al instante  
Se alzó María arrogante,  
En mano el puñal desnudo,  
Vivo el mirar, y un escudo  
Formó de su cuerpo á Brian.  
Llegó la fiera inclemente;  
Clavó en ella vista ardiente,  
Y á compasion ya movida,  
O fascinada y herida  
Por sus ojos y ademan,

Recta prosiguió el camino,  
Y al arroyo cristalino  
Se echó á nadar.—¡Oh amor tierno!  
De lo mas frágil y eterno  
Se compajinó tu ser.  
Siendo solo afecto humano,  
Chispa fugaz, tu grandeza,  
Por impenetrable arcano,  
Es celestial.—Oh belleza!  
No se anida tu poder,

En tus lágrimas, ni enojos;  
Sí, en los sinceros arrojos  
De tu corazon amante:—  
María en aquel instante  
Se sobrepuso al terror,

Pero cayó sin sentido  
A conmocion tan violenta. —  
Bella como ángel dormido  
La infeliz estaba, exenta  
De tanto afan y dolor.

Entonces ah ! parecía  
Que marchitado no habia  
La aridez de la congoja,  
Que á lo mas bello despoja,  
Su frescura juvenil.  
¡ Venturosa si mas largo  
Hubiera sido su sueño!  
Brian despierta del letargo:  
Brilla matiz mas risueño  
En su rostro varonil. —

Se sienta, — estático mira,  
Como el que en vela delira;  
Lleva la mano á su frente  
Sudorifera y ardiente,  
¿ Qué cosas su alma verá?  
La luz, noche le parece,  
Tierra y cielo se oscurece,  
Y rueda en un torbellino  
De nubes. — «Este camino  
Lleno de espinas está:

«Y la llanura, Maria,  
¿ No ves cuán triste y sombría !  
¿ Dónde vamos ?— A la muerte.—  
Triunfó la enemiga suerte,»  
Dice delirando Brian.

«Cuán caro mi amor te cuesta!  
Y mi confianza funesta,  
Cuánta fatiga y ultrajes!  
Pero pronto los salvajes  
Su deslealtad pagarán.»

Cobra Maria el sentido  
Al oír de su querido  
La voz, y en gozo nadando  
Se incorpora, en él clavando  
Su cariñosa mirada.

« Pensé dormías, la dice,  
Y despertarte no quise;  
Fuera mejor que durmieras  
Y del bárbaro no oyeras  
La estrepitosa llegada.

« Sabes ?—sus manos lavaron,  
Con infernal regocijo,  
En la sangre de mi hijo;  
Mis valientes degollaron.  
Como el huracan pasó,

Desolacion vomitando,  
 Su vijilante perfidia.  
 Obra es del inicuo bando,  
 Qué dirá la torpe envidia!  
 Ya mi gloria se eclipsó.

«De paz con ellos estaba  
 Y en la villa descansaba.—  
 Oye, no te fies, vela,—  
 Lanza, caballo y espuela  
 Siempre lista has de tener.—  
 Mira donde me han traído,—  
 Atado estoy, y ceñido;  
 No me es dado levantarme,  
 Ni valerte ni vengarme,  
 Ni batallar ni vencer.

«Venga, venga mi caballo,  
 Mi caballo por la vida;  
 Venga mi lanza fornida,  
 Que yo basto á ese tropel.—  
 Rodeado de picas me hallo.—  
 Paso, canalla traidora,  
 Que mi lanza vengadora  
 Castigo os dará cruel.

«¿No mirais la polvareda  
 Que del llano se levanta?

No sentis lejos la planta  
De los brutos retumbar?  
La tribu es, huyendo leda,  
Como carnicero lobo,  
Con los despojos del robo,  
No de intrépido lidiar.

«Mirad ardiendo la villa,  
Y degollados dormidos  
Nuestros hermanos queridos  
Por la mano del infiel.  
¡Oh mengua! oh rabia! oh mancilla!  
Venga mi lanza lijero,  
Mi caballo parejero,  
Daré alcance á ese tropel.»

Se alzó Brian enajenado,  
Y su bigote erizado  
Se mueve; chispean rojos,  
Como centellas, sus ojos  
Que hace el entusiasmo arder;  
El rostro y talante fiero,  
Do resalta con viveza  
El valor y la nobleza,  
La majestad del guerrero  
Acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfalleco.  
Ella atónita enmudece,  
Ni halla voz su sentimiento;  
En tan solemne momento  
Flaquea su corazón.  
El sol pálido declina:  
En la cercana colina  
Triscan las gamas y ciervos  
Y de caranchos y cuervos  
Grazna la impura lejion,

De cadáveres avara,  
Cual si muerte presajara.  
Así la caterva estulta,  
Vil al heroísmo insulta,  
Que triunfante veneró.  
Maria tiembla.—Él alzando  
La vista al cielo, y tomando  
Con sus manos casi heladas  
Las de su amiga adoradas,  
A su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:  
«Oye,—de Dios es arcano,  
Que mas tarde ó mas temprano  
Todos debemos morir.

Insensato el que maldice  
La ley que á todos iguala:  
Hoy el término señala  
A mi robusto vivir.

«Resígnate;—bien venida  
Siempre, mi amor, fué la muerte  
Para el bravo, para el fuerte  
Que á la patria y al honor  
Jóven consagró su vida:  
Qué es ella?—una chispa, nada,  
Con ese sol comparada,  
Raudal vivo de esplendor.

«La mia brilló un momento,  
Pero á la patria sirviera;  
Tambien mi sangre corriera  
Por su gloria y libertad.  
Lo que me da sentimiento  
Es que de tí me separo,  
Dejándote sin amparo  
Aquí en esta soledad.

«Otro premio merecía  
Tu amor y espíritu brioso,  
Y galardón mas precioso  
Te destinaba mi fé.

Pero ¡ay Dios! la suerte mia  
De otro modo se eslabona;  
Hoy me arracan la corona  
Que insensato ambicioné.

«Si al menos la azul bandera  
Sombra á mi cabeza diese!  
O antes por la patria fuese  
Aclamado vencedor!  
¡Oh destino! quien pudiera  
Morir en la lid, oyendo  
El alarido y estruendo,  
La trompeta y atambor.

«Tal gloria no he conseguido,  
Mis enemigos triunfaron;  
Pero mi orgullo no ajaron  
Los favores del poder.  
Qué importa! mi brazo ha sido  
Terror del salvaje fiero:  
Los Andes vieron mi acero  
Con honor resplandecer.

«¡Oh estrépito de las armas!  
Oh embriaguez de la victoria!  
Oh campos, soñada gloria!  
Oh lances del combatir!



Inesperadas alarmas,  
Patria, honor, objetos caros,  
Ya no volveré à gozaros;  
Jóven yo debo morir.

«Hoy es el aniversario  
De mi primera batalla,  
Y en torno á mí todo calla. . . .  
Guarda en tu pecho mi amor,  
Nadie llegue á su santuario. . . .  
Aves de presa parecen, —  
Ya mis ojos se oscurecen;—  
Pero allí baja un condór,

«Y huye el enjambre insolente.  
Adios, en vano te aflijo. . . . .  
Vive, vive para tu hijo,  
Dios te impone ese deber.—  
Sigue, sigue al occidente  
Tu trabajosa jornada:  
Adios, en otra morada,  
Nos volveremos á ver.»

Calló Brian, y en su querida,  
Clavó mirada tan bella,  
Tan profunda y dolorida,  
Que toda el alma por ella

Al parecer exhaló.—  
El crepúsculo esparcía  
En el desierto luz mística.—  
Del corazón de María,  
El desaliento y angustia,  
Solo el cielo penetró.

---

## NOVENA PARTE.

### MARIA.

Fallece esperanza y crece tormento.

ANONIMO.

Morte bella pareo nell suo bel viso.

PETRARCA.

La muerte parecía

Bella en su rostro bello.

Qué hará Maria?—En la tierra  
Ya no se arraiga su vida.  
Dónde irá?—Su pecho encierra  
Tan honda y vivaz herida,  
Tanta congoja y pasión,  
Que para ella es infecundo  
Todo consuelo del mundo,  
Burla horrible su contento,

Su compasion un tormento,  
Su sonrisa una irrision.

¿Qué le importan sus placeres,  
Su bullicio y vana gloria;  
Si ella, entre todos los seres,  
Como desechada escoria,  
Lejos, olvidada está?  
¿En qué corazon humano,  
En qué límite del orbe,  
El tesoro soberano,  
Que sus potencias absorbe,  
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,  
Y una fresca sepultura  
Encuentra; lecho postrero,  
Que al cadáver del guerrero  
Preparó el mas fino amor.  
Sobre ella hincada María,  
Muda como estatua fria,  
Inclinada la cabeza,  
Semejaba á la tristeza  
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos  
Caen por los hombros tendidos,

Y sombrean de su frente,  
Su cuello y rostro inocente,  
La nevada palidez.  
No suspira allí, ni llora;  
Pero como ángel que implora,  
Para miserias del suelo  
Una mirada del cielo,  
Hace esta sencilla prez:

—«Ya en la tierra no existe  
El poderoso brazo,  
Donde hallaba regazo  
Mi enamorada sien:  
Tú ¡oh Dios! no permitiste  
Que mi amor lo salvase,  
Quisiste que volase  
Donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma  
Tu seno regalado,  
Del bienaventurado,  
Reciba el galardón:  
Encuentre allí la calma,  
Encuentre allí la dicha,  
Que busca en su desdicha,  
Mi viudo corazón.» —

Dice: un punto su sentido  
Queda como sumerjido.—  
Echa la postrer mirada  
Sobre la tumba caillada  
Donde toda su alma está.—  
Mirada llena de vida;  
Pero lánguida, abatida  
Como la última vislumbre  
De la agonizante lumbre,  
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;  
Y tomando por la orilla  
Del arroyo hácia el ocaso,  
Con indiferente paso,  
Se encamina al parecer.  
Pronto sale de aquel monte  
De paja, y mira delante  
Ilimitado horizonte,  
Llanura y cielo brillante,  
Desierto y campo do quier.

¡Oh noche! oh fúljida estrella,  
Luna solitaria y bella,  
Sed benignas! el indicio  
De vuestro influjo propicio  
Siquiera una vez mostrad.

Bochornos, cálidos vientos,  
Inconstantes elementos,  
Preñados de temporales,  
Apiadaos; fieras fatales  
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos  
De los miseros humanos  
Está el oculto destino,  
Siquiera un rayo divino  
Haz á su esperanza ver.  
Vacilar, de alma, sencilla,  
Que resignada se humilla,  
No hagas la fé acrisolada;  
Susténtala en su jornada,  
No la dejes perecer.

Adios, pajonal funesto,  
Adios, pajonal amigo.  
Se va ella sola ¡cuán presto  
De su júbilo, testigo,  
De su luto fuistes vos!  
El sol y la llama impía  
Marchitaron tu ufania;  
Pero hoy tumba de un soldado  
Eres y asilo sagrado:  
Pajonal glorioso, adios.

Gózate; ya no se anidan  
En tí las aves parleras,  
Ni tu agua y sombra convidan  
Solo á los brutos y fieras:  
Soberbio debes estar.  
El valor y la hermosura,  
Ligados por la ternura,  
En tí hallaron refrijerio;  
De su infortunio el misterio  
Tú solo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores  
De felices amadores  
Tu esquividad no turbaron;  
Sino voces que confiaron  
A tu silencio su mal.  
En la noche tenebrosa,  
Con los ásperos graznidos  
De la leñon ominosa,  
Oirás ayes y jemidos:  
Adios, triste pajonal.

De ti María se aleja,  
Y en tus soledades deja  
Toda su alma; agradecido  
El depósito querido  
Guarda y conserva; quizá



Mano jenerosa y pía  
Venga á pedirte lo un día:  
Quizá la viva palabra  
Un monumento le labra  
Que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina:  
Y la estrella matutina  
Caminando solitaria,  
Sin articular plegaria,  
Sin descansar ni dormir  
La ve.—En su planta desnuda  
Brotó la sangre y chorrea;  
Pero toda ella, sin duda,  
Va absorta en la única idea  
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.—  
Su garganta es viva frágua,  
Un volcan su pensamiento;  
Pero mar de hielo y agua  
Refrijerio inútil es  
Para el incendio que abriga;  
Insensible á la fatiga,  
A cuanto ve indiferente,  
Como misera demente  
Mueve sus heridos pies,

Por el desierto.—Adormida  
Está su orgánica vida;  
Pero la vida de su alma  
Fomenta en sí aquella calma  
Que sigue á la tempestad,  
Cuando el ánimo cansado  
Del afan violento y duro,  
Al parecer resignado,  
Se abisma en el fondo oscuro  
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,  
Fiebre lenta y devorante,  
Último efujio, suplicio  
Del infierno, semejante  
A la postrer convulsion  
De la víctima en tormento:  
Trance que si dura un dia  
Anonada el pensamiento,  
Encanece, ó deja fria  
La sangre en el corazon.

Dos soles pasan—¿Adónde  
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?  
Está por ventura exhausto?  
Mas dolor en holocausto  
Pide á una flaca mujer?

No;—de la quieta llanura  
Ya se remonta á la altura  
Gritando el yajá.—Camina,  
Oye la voz peregrina  
Que te viene á socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,  
Cómo te meces ufana!  
Reina sí, reina orgullosa  
Eres, pero no tirana  
Como el águila fatal:  
Tuyo es también del espacio  
El transparente palacio:  
Si ella en las rocas se anida,  
Tú en la esquivéz escondida  
De algun vasto pajonal.

De la víctima el jemido,  
El huracan y el tronido  
Ella busca, y deleite halla  
En los campos de batalla:  
Pero tú la tempestad,  
Día y noche vijilante,  
Anuncias al gaucho errante;  
Tu grito es de buen presajio,  
Al que asechanza ó naufragio  
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera  
La voz del ave agorera,  
Oye, María, infelice;—  
Alerta, alerta, te dice;  
Aquí está tu salvacion.—  
¿No la ves como en el aire  
Balancea con donaire  
Su cuerpo albo-ceniciento?  
¿No escuchas su ronco acento?  
Corre á calmar tu afliccion.

Pero nada ella divisa,  
Ni el feliz reclamo escucha;  
Y caminando va á prisa:  
El demonio con que lucha  
La turba, impele y amaga.  
Túrbios, confusos y rojos  
Se presentan á sus ojos  
Cielo, espacio, sol, verdura,  
Quieta insondable llanura  
Donde sin brújula vaga.

Mas ah! que en vivos corceles  
Un grupo de hombres armados  
Se acerca ¿serán infieles,  
Enemigos?—No, soldados  
Son del desdichado Brian.

Llegan, su vista se pasma;  
Ya no es la mujer hermosa,  
Sino pálido fantasma;  
Mas reconocen la esposa  
De su fuerte capitán.

Créíanla cautiva ó muerta;  
Grande fué su regocijo.  
Ella los mira y despierta.  
— «¿No sabeis qué es de mi hijo?» —  
Con toda el alma exclamó.  
Tristes mirando á Maria  
Todos el labio sellaron;  
Mas luego una voz impía:  
«Los indios lo degollaron»  
Roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,  
Como quiebra al seco tallo  
El menor soplo de viento,  
O como herida del rayo  
Cayó la infeliz allí;  
Viéronla caer, turbados,  
Los animosos soldados;  
Una lágrima la dieron,  
Y funerales la hicieron  
Dignos de contarse aquí.

Aquella trama formada  
De la hebra mas delicada,  
Cuyo espiritu robusto  
Lo mas acerbo é injusto  
De la adversidad probó,  
Un soplo débil deshizo:  
Dios para amar, sin duda, hizo  
Un corazon tan sensible;  
Palpitar le fué imposible  
Cuando á quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!  
Cuál entraña te abortára!  
Mover al tigre pudiera  
Su vista sola;—y no hallara  
En ti alguna compasion,  
Tanta miseria y conflicto,  
Ni aquel su materno grito;  
Y como flecha saliste,  
Y en lo mas profundo heriste  
Su anhelante corazon.

Embates y oscilaciones  
De un mar de tribulaciones  
Ella arrostró; y la agonía  
Saboreó su fantasía,  
Y el punzante frenesi

De la esperanza insaciable,  
Que en pos de un deseo vuela;  
No alcanza el blanco inefable,  
Se irrita en vano y desvela;  
Vuelve á devorarse á sí.

Una á una, todas bellas,  
Sus ilusiones volaron,  
Y sus deseos con ellas;  
Sola y triste la dejaron  
Sufrir hasta enloquecer.  
Quedaba á su desventura  
Un amor, una esperanza,  
Un astro en la noche oscura,  
Un destello de bonanza,  
Un corazon que querer.

Una voz cuya armonía  
Adormecerla podría;  
A su llorar un testigo,  
A su miseria un abrigo,  
A sus ojos que mirar.  
Quedaba á su amor desnudo  
Un hijo, un vástago tierno;  
Encontrarlo aquí no pudo,  
Y su alma al regazo eterno  
Lo fué volando á buscar.

Murió; por siempre cerrados  
Estan sus ojos cansados  
De errar por llanura y cielo,  
De sufrir tanto desvelo,  
De afanar sin conseguir.  
El atractivo está yerto  
De su mirar: ya el desierto,  
Su último asilo, los rastros  
De tan hechiceros astros  
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aun hay vestigio.  
¿No veis el raro prodigio?  
Sobre su cándida frente  
Aparece nuevamente  
Un prestigio encantador.  
Su boca y tersa mejilla  
Rosada, entre nieve brilla,  
Y revive en su semblante  
La frescura rozagante  
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,  
Y estampó en su rostro hermoso  
Aquel inefable hechizo,  
Inalterable reposo,  
Y sonrisa anjelical,



Que destellan las facciones  
De una virgen en su lecho;  
Cuando las tristes pasiones  
No han ajado de su pecho  
La pura flor virjinal.

Entonces el que la viera,  
Dormida ¡oh Dios! la creyera;  
Deleitándose en el sueño  
Con memorias de su dueño,  
Llenas de felicidad:  
Soñando en la alba lucida  
Del banquete de la vida  
Que sonrie á su amor puro:—  
Mas ay! que en el seno oscuro  
Duerme de la eternidad.

---



## EPÍLOGO.

---

Douce lumière es tu leur ame?

LAMARTINE.

¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?

¡Oh Maria! Tu heroísmo,  
Tu varonil fortaleza,  
Tu juventud y belleza  
Merecieran fin mejor.  
Ciegos de amor el abismo  
Fatal tus ojos no vieron,  
Y sin vacilar se hundieron  
En él ardiendo en amor.

De la mas cruda agonía  
Salvar quisistes á tu amante,  
Y lo viste delirante  
En el desierto morir.  
¡Cuál tu congoja seria!  
¡Cuál tu dolor y amargura!  
Y no hubo humana criatura  
Que te ayudase á sentir.

Se malogró tu esperanza;  
Y cuando sola te viste,  
Tambien misera caiste,  
Como árbol cuya raiz  
En la tierra ya no afianza  
Su pompa y florido ornato:  
Nada supo el mundo ingrato  
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta  
Como diamante en la mina,  
La belleza peregrina  
De tu noble alma quedó.  
El desierto la sepulta,  
Tumba sublime y grandiosa,  
Do el héroe tambien reposa  
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida  
Fué amar, amor tu delirio,  
Amor causó tu martirio,  
Te dió sobrehumano ser;  
Y amor, en edad florida,  
Sofocó la pasión tierna,  
Que omnipotencia de eterna  
Trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,  
De amor, ¡oh bella María!  
Que la virgen poesía  
Corona te forma ya  
De ciprés entretejido  
Con flores que nunca mueren;  
Y que admiren y veneren  
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,  
Inhospitable morada,  
Que no siempre sosegada  
Mira el astro de la luz;  
Descollando en una altura,  
Entre agreste flor y yerba,  
Hoy el caminante observa  
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre  
 La copa estensa y tupida  
 De un ombú<sup>1</sup>, donde se anida  
 La altiva águila real;  
 Y la varia muchedumbre  
 De aves que cria el desierto  
 Se pone en ella á cubierto  
 Del frio y sol estival.

Nadie sabe cuya mano  
 Plantó aquel árbol benigno,  
 Ni quién á su sombra el signo  
 Puso de la redencion.  
 Cuando el cautivo cristiano  
 Se acerca á aquellos lugares,  
 Recordando sus hogares,  
 Se postra á hacer oracion.

Fama es que la tribu errante,  
 Si hasta allí llega embebida  
 En la caza apetecida  
 De la gama y avestruz,  
 Al ver del ombú gigante  
 La verdosa cabellera,

1. Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestra llanuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores de estío.

Suelta al potro la carrera  
Gritando:— «allí está la cruz.»

Y revuelve atrás la vista,  
Como quien huye aterrado,  
Creyendo se alza el airado,  
Terrible espectro de Brian.  
Pálido el indio exorcista  
El fatídico árbol nombra;  
Ni á hollar se atreven su sombra  
Los que de camino van.

Tambien el vulgo asombrado  
Cuenta, que en la noche oscura  
Suelen en aquella altura  
Dos *luces* aparecer;  
Que salen y habiendo errado  
Por el desierto tranquilo,  
Juntas á su triste asilo  
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes  
Serán del páramo aerio,  
Quizá espíritus,—misterio!  
Visiones del alma son.

Quizá los sueños brillantes  
De la inquieta fantasía,  
Forman coro en la armonía  
De la invisible creación.

---